

RESEÑA DEL LIBRO
LA ECONOMÍA EN UNA LECCIÓN
DE H. HAZLITT
(Unión Editorial, Madrid 2011,
234 páginas)

CRISTÓBAL MATARÁN

Podemos afirmar, sin temor a caer en el error, que Henry Hazlitt fue el primer austriaco (entendido como ferviente seguidor de la Escuela Austriaca de Economía) nacido fuera de las fronteras de viejo Imperio de los Habsburgo. Nacido en Nueva York en 1894, su vida giró en torno al periodismo y la difusión del movimiento subjetivista en el mundo angloparlante. Trabajó en diversos medios de comunicación escritos, entre los que destacan el *New York Times* o el *Newsweek*. Consagrado al estudio de la economía por pura autodidáctica, la lectura en 1922 de la obra de Mises *El socialismo* le empujó a la traducción de la más recientes obras del pensamiento de la Escuela Austriaca, especialmente de Ludwig von Mises. Es más, su devoción por su maestro le llevó a buscarle una plaza en la *University of New York* tras su exilio en 1946.

La obra fue escrita en 1946 cuando el pensamiento keynesiano había conquistado la mente y los corazones tanto de la clase política como de los economistas académicos. El lenguaje keynesiano y su aplicación al crack de 1929 y la posterior Gran Depresión de los años 30 se seguían a pies juntillas. Por ejemplo, el gobierno de Roosevelt pasó a los libros de historia como el gran paradigma del intervencionismo bondadoso con el fin de preservar la economía de mercado de sus recurrentes ciclos de auge y depresión gracias al *New Deal*. Pero no sólo eso. La economía soviética llevaba en ese momento tres décadas de desarrollo de su experimento marxista. La creciente Guerra Fría, escenificada en ese momento en la carrera espacial, parecía situar a los Estados Unidos contra las cuerdas frente a la economía planificada. Habría que esperar aún casi medio siglo hasta los pronósticos de los miembros de la

Escuela Austriaca se cumplieran para ver caer el sistema de planificación central.

En cuanto a la obra, se tratan los diversos sofismas y contradicciones que las distintas corrientes de pensamiento expresan a lo largo de sus teorías. Cuestiones tales como el aumento del gasto para estimular la demanda o la posibilidad de un cálculo económico racional en una economía dirigida son atacadas por el autor estadounidense. Especialmente relevantes son los capítulos dedicados a los impuestos o a la expansión del crédito por encima del ahorro real para convertir en rentables proyectos de inversión que no lo son. Hazlitt asume plenamente los fundamentos de la Escuela Austriaca. Aunque no llegue a aportar nada nuevo en la historia del pensamiento económico, su sencillez y claridad expositiva convierten la obra en un repaso fundamental, especialmente para aquellos que no han vivido comparaciones teóricas más allá del corpus del llamado *mainstream*. Por tanto, más que ofrecer la construcción teórica del pensamiento de la Escuela Austriaca, la obra está más fundamentada hacia la crítica al resto de escuelas de pensamiento económico.

La primera parte de la obra, capítulos I-IV, es una crítica sin paliativos al pensamiento de Lord Keynes. La destrucción como posibilidad de crecimiento económico, la inyección de dinero en la economía o la cuestión impositiva son tratadas con una fuerza de ideas difícilmente igualables. Discusiones como la *falacia de la ventana rota* o las obras públicas como estimulaciones de la economía privada, tan repetidas hoy en día, hacen acto de presencia en esta primera parte. La ley de Say, aquella a la que Keynes intentó voltear para justificar su teoría, es tratada con suficiente extensión a lo largo del capítulo IV. Los siguientes capítulos intercalan alguna crítica más al pensamiento keynesiano, aunque ya se da entrada a la crítica al sistema marxista, especialmente en lo relativo a la imposibilidad del cálculo económico en la economía socialista. Sin embargo, la obra no se queda aquí y vuelve sobre falacias económicas que, aunque más propias del s. XIX, aún siguen plenamente vigentes en el pensamiento popular.

Nos referimos al odio a la mecanización del trabajo y la tesis según la cual las máquinas son causa de desempleo. Hazlitt, en estilo provocador, ofrece ejemplos de industrias en las cuales aumentó el número de empleados a medida que la mecanización

avanzaba. El ejemplo perfecto es la industria automovilística. La mecanización, explica Hazlitt, no nos priva del empleo, sino que nos libera de aquellos más pesados y menos productivos. A cambio, nos libera para hacer frente a los trabajos en los que la capacidad humana interpreta un papel más importante, es decir, aquellos mejor valorados, más productivos y mejor pagados. Además, el incremento de la maquinaria disponible incrementa la eficiencia marginal del trabajo, aumentando los salarios reales de los trabajadores. Por último, un incremento en la maquinaria nos ofrece más productos a menor precio. Lejos de empobrecer a las masas, la mecanización ha hecho posible el acceso a toda clase de artilugios mecánicos, desde vehículos hasta teléfonos móviles, hasta al más humilde hombre de la calle.

Finalmente, otra de las cuestiones tratadas en profundidad por Hazlitt es la relativa a la salvación de cierta industria. Su enseñanza es clara: no es posible salvar una industria si no es a base de gravar aquellas que los consumidores han premiado como las más eficientes. Un trasvase de fondos desde las empresas eficientes hacia las no eficientes es ir en contra de los deseos de los consumidores, los cuales ya expresaron sus preferencias al no adquirir los productos que las segundas les ofrecían. No hay que tener ningún miedo, explica Hazlitt, a que las empresas menos eficientes desaparezcan. La primera lección de la economía, aquella relativa a la escasez de los medios, nos enseña que no podemos obtenerlo todo. Los seres humanos hemos de organizar nuestras preferencias con el fin de establecer nuestras preferencias temporales, las cuales expresamos a la hora de adquirir, o no, un determinado artículo.

Porque la obra es, ante todo, un dardo en pleno debate económico. La exactitud de sus razonamientos pareciera situarla en pleno s. XXI, aunque fuese escrita hace más de medio siglo. Las típicas excusas explicativas de la recesión acaecida en 2008 son totalmente aplicables a aquello que Hazlitt tenía en mente cuando escribió su ensayo en 1946. El debate económico parece no haber avanzado prácticamente nada estudiando detenidamente esas mismas teorías. Especialmente en lo relativo a la caída del gasto como causa de la recesión vuelve a ser repetido como mantra.

En lo relativo a la economía planificada, con especial visión hacia la soviética, la caída del Muro de Berlín hace un cuarto de siglo

parece haber aparcado el debate, al menos académicamente, sobre la inviabilidad del sistema planificado. Aún así, siguen siendo millones los seres humanos que viven bajo una economía planificada: Corea del Norte o Cuba aún padecen los restos de las teorías marxistas.

Tras la publicación de la obra, el ostracismo y el olvido fueron las tónicas dominantes del pensamiento de Hazlitt. Por una parte, el hecho de que un periodista de formación, dedicado a la economía por puro placer, pareciera haber constituido el pecado original del autor. De esta forma, los economistas del *mainstream* no perdonaron que una persona ajena a la profesión les indicara los errores teóricos de sus razonamientos. Por otro, el auge de las economías occidentales tras el final de la Segunda Guerra Mundial parecía confirmar las tesis de Lord Keynes sobre la guerra como motor de crecimiento. Habría que esperar hasta 1973 y la *crisis del petróleo*, cuando la conjunción de elevadas tasas de desempleo con una creciente inflación terminó de tirar por tierra las tesis keynesianas. Aún así, la inmensa mayoría de las facultades y escuelas siguen explicando dichas teorías como no refutadas.

En conclusión, la obra de Hazlitt constituye un muy buen comienzo para conocer los entresijos de la metodología propia de la Escuela Austriaca. Su sencillez y cercanía la convierten en una obra no sólo apta para el currículum académico, sino, y en no menor medida, para la difusión del pensamiento que sustenta la economía de mercado entre el conjunto de la población. No olvidemos que el debate de las ideas es donde realmente se dilucida el futuro de la sociedad.